

LA BIOÉTICA COMO «TERCERA CULTURA». UN ANÁLISIS DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LA CIENCIA

Ramón Llopis Goig

Profesor del Departamento de Sociología y Antropología Social.

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Valencia.

Avda. dels Tarongers s/n (edificio oriental). 46022 Valencia.

Tel: 00 34 96 382 87 56 (620 27 89 39). Fax: 00 34 96 382 84 50.

E-mail: ramon.llopis@uv.es

Resumen

En las últimas décadas, la humanidad ha tomado conciencia de las amenazas a las que se encuentra expuesta. Una de ellas, la revolución biotecnológica, ha creado un importante número de alarmas sociales y, de manera indirecta, ha desencadenado el nacimiento de una disciplina como la Bioética. En este trabajo se muestra que la Bioética es una manifestación de la «tercera cultura», ya que al aportar un discurso sobre los fines al campo de aplicación de las tecnologías biomédicas, se convierte en un puente entre «las dos culturas».

Palabras clave: Bioética, tercera cultura, *techné*, sociología de la ciencia

Abstract

In the last decades, humanity has become aware of threats at which is exposed. One of them, the biotechnological revolution, has created an important number of social alarms and, in a indirect way, has unchained the birth of a discipline like Bioethics. This paper try to demonstrate that Bioethics is a clear manifestation of the «third culture», because bringing a knowledge about finalities to the biomedical technology application field, transforms itself in a bridge between the «two cultures».

Key words: Bioethics, third culture, *techné*, sociology of science

1. Introducción

En 1959, el inglés C. P. Snow certificaba la separación en dos de la cultura occidental al indicar que su vida intelectual se estaba viendo, cada vez más, escindida en dos grupos polarizados: por un lado, los integrantes de la cultura humanística o intelectuales de letras y, por otro, los científicos y tecnólogos¹. Snow afirmaba que éstos dos grupos habían dejado de comunicarse y describía a sus componentes como totalmente antitéticos. Consideraba que esta creciente polarización entre intelectuales humanistas y científicos era un problema de todo Occidente que implicaba un elevado coste de oportunidades y exigía un replanteamiento de los sistemas educativos. Se hacía necesario un mayor conocimiento de las ciencias entre los intelectuales humanistas, así como un mayor conocimiento de las aportaciones de las humanidades entre los científicos.

En este artículo se realiza un análisis del trayecto histórico que dio lugar a la escisión diagnosticada por Snow. Se parte del concepto griego de *techné* que contiene tanto el hacer y el obrar como el recto juicio sobre el modo de hacerlo (apartado 2). A la luz de ese concepto, se examina el camino adoptado por la ciencia moderna, entre los siglos XV y XVII, al optar por uno de los polos de la antigua *techné* y definir su proyecto como eminentemente tecnocientífico (apartado 3).

1 Snow, C.P.: *The two cultures and a second look*, Mentor Books, New York, 1964. Edición castellana en Alianza Editorial, Madrid, 1977.

Con su impresionante desarrollo tecnológico, la ciencia moderna quedó desprovista de la inocencia que anteriormente se le suponía (apartado 4). La explosión de la primera bomba atómica en 1945, reorientó la mirada de occidente sobre la ciencia. Desde entonces, los intentos de recomponer la unidad perdida, o lo que es lo mismo, de crear una «tercera cultura», han sido frecuentes. Tras exponer una tipología que clasifica esos intentos en cinco grandes expedientes (apartado 5), se examina el modo como desde nuestro punto de vista, debe plantearse una «tercera cultura» en el contexto del avance tecnocientífico (apartado 6). A continuación, se examinan los retos que la revolución biotecnológica plantea a la sociedad actual, como marco determinante del nacimiento de la Bioética (apartado 7). Por último (apartado 8) se muestra como la Bioética puede ser considerada como un auténtico exponente de una «tercera cultura».

2. La originaria unidad contenida en la *techné* griega y la escisión posterior

Según Aristóteles², frente a la *sophía*, el *nous* y la *episteme*, saberes que tienen en común su carácter especulativo (independiente de la realidad empírica), teórico, universal y absoluto, hay otros dos que son de tipo práctico. Uno es la *phronesis* o *prudentia*, la recta razón de las co-

2 Cfr. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*. *Ética Eudemia*. Introducción por Emilio Lledó Iñigo. Traducción y notas por Julio Pallí Bonet. Editorial Gredos, Madrid, 1989 (primera edición de 1985). Libro VI, 270-275 (pp. originales 1140 a-1141 b).

sas singulares que pueden realizarse, y el otro es la *techné*, arte, técnica y saber práctico que el propio Aristóteles definió como la recta razón de las cosas que pueden producirse.

La palabra griega *techné* engloba todo lo que hoy se entiende por técnica, tecnología y bellas artes. Es, por tanto, un saber práctico, que se refiere de manera unitaria al hacer y al obrar, al saber hacer y al saber obrar. La *techné* tiene que ver con la toma de decisiones concretas, no con certeza, puesto que ello no es posible, pero sí con recta razón. La *techné* contiene, por tanto, de manera conjunta e inseparable el proceso por el que algo se hace, produce o elabora, como la recta razón con la que se procede.

Pues bien, esa unidad a la que alude el vocablo griego *techné*, es hoy día inimaginable, como muestra que para aludirla es necesario referirse a una división en dos rutas antagónicas: «la ruta del arte inspirado (Plotino) y la ruta de la tecnociencia (Aristóteles, Galileo, Newton, Leibniz)»³. En nuestros días, esas dos rutas se han reafirmado en su radical desgajamiento, y cualquier proyecto de unidad choca con un contexto que al no poderse legitimar en su propio juego dialéctico apela a esas dos ramas separadas del antiguo tronco germinal de la *techné* griega: la tecnociencia, como único resto de la idea de ilustración y progreso y el arte inspirado, como único rescoldo de lo simbólico en un mundo desencantado⁴.

3 Trías, E.: «Eupalinos», *El País*, 23 de marzo de 1989. Reimpreso en *Pensar en Público*, Destino, Barcelona, 2001.

4 Cfr. Trías, E. *op. cit.*

3. El deslizamiento por la ladera técnica de la ciencia moderna

Tras la escisión en dos rutas antagónicas de la antigua *techné* griega, se iba a producir una honda transformación de los fundamentos de la ciencia, que desviaría el proyecto occidental hacia la operatividad, extirpando de él la empresa logoteórica de la contemplación que había constituido la ciencia antigua⁵. Esa transformación, que tuvo lugar entre los siglos XV y XVII, acabaría otorgando el predominio a uno de los dos polos escindidos de la antigua *techné*: la tecnociencia. Sin embargo, pese a las consecuencias que habría de tener esa transformación, sus efectos no fueron inmediatamente perceptibles y la ciencia siguió pensándose de acuerdo con la distinción anterior entre lo teórico y lo técnico, entendiéndose siempre como neutra, en tanto que ciencia.

La ciencia antigua ignoraba las matemáticas y la experimentación y se correspondía con una reflexión sobre nuestro ser-natural-en-el-mundo-por-el-lenguaje⁶. Era una especie de puesta en orden conceptual del conjunto mal organizado de los significados dados en el lenguaje, que ofrecía una imagen del mundo con sentido. Una empresa así no permitía la predicción ni la intervención efectiva en lo real, por lo que nunca pudo pretender ser realmente operativa.

5 Cfr. Hottois, G.: *El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia*. Anthropos, Barcelona, 1991, 14.

6 Cfr. Hottois, G.: *op. cit.*, 15.

Frente a la ciencia antigua, la ciencia moderna se habría de caracterizar por la matematización y la experimentación, aspectos ambos que quebraban el «ser-natural-en-el-mundo-por-el-lenguaje» y privaban al mundo de significado, haciendo de él un campo de operación y de acción. Tanto Bacon como Descartes rechazaron el saber especulativo y subrayaron el poder operativo de la nueva ciencia, si bien Descartes sólo reconoció la importancia de las matemáticas y Bacon no admitió más criterio que la experiencia.

La relación del ser humano con lo real iba a estar, en lo sucesivo, técnicamente mediada. La vieja concepción teórica de la contemplación había cedido su lugar dominante a una relación esencialmente activa de dominación y reconstrucción de la realidad que ponía la representación teórica al servicio de la actividad dominadora.

El sistema derivado de tales planteamientos puede ser denominado complejo tecnocientífico, ya que esta expresión señala la interrelación entre los dos polos y la preponderancia del polo técnico. En este nuevo marco la noción de verdad también cambiaría radicalmente. Ésta ya no iba a ser una experiencia o explicación reveladora de la esencia profunda de lo real; sino algo descriptible en términos de eficiencia técnica y poder de acción.

La escisión que había comenzado a afirmarse en los siglos XV a XVII, se reafirmaba, en plena Revolución industrial. La Revolución Industrial originada en el siglo XVIII en Inglaterra tuvo en la aplicación de los conocimientos científicos a la producción una de sus más destaca-

das contribuciones. La racionalidad tecnocientífica hacía posible, por primera vez, la producción industrial.

Más tarde, en la primera mitad del siglo XX, la «razón eficaz», monopolizada por la ciencia y sus métodos dejaba de interesarse por el conocimiento y explicación del mundo, dejaba de ser razón para quedarse en algo meramente eficaz. La situación descrita será el punto de partida del diagnóstico de Max Weber, que concebía la sociedad occidental moderna como aquella en la que la hegemonía de la razón tecnocientífica, que actuaba como criterio de legitimación de su peculiar forma de dominación, se había establecido sobre las demás hasta convertirse en una potencia intolerante con cualquier otra forma de legitimación. Desde la perspectiva de Weber, era una característica propia de la civilización occidental haber introducido la razón como criterio único en todos los dominios. Según Weber, la sociedad occidental se habría organizado según criterios técnicos de racionalidad y eficacia, lo que la habría conducido a un funcionamiento burocrático que la legitimaba, en su propia dinámica técnica, al acaparar el concepto de racionalidad. Así, la razón burocrática⁷ iba a servir, a la vez, de mo-

7 Weber concretó la función de la razón occidental como legitimadora de una determinada forma de dominación, y consideró característico de Occidente, la introducción de la razón como criterio en todos los dominios. Weber describió el conjunto constituido por los avances científicos, la tecnología moderna y la burocracia como racionalización, esto es, la organización de la vida social y económica según principios de eficacia y conocimientos técnicos.

tor y demiurgo del sistema social occidental y de legitimación. Era la racionalidad instrumental contra la que arremeterán pensadores como Horkheimer⁸.

4. La pérdida de inocencia de la ciencia

La sociedad actual asiste a un espectacular desarrollo de la tecnología que pone a la humanidad ante difíciles encrucijadas y genera un sinfín de amenazas y temores: la energía nuclear, la ingeniería genética, los semiconductores, el calentamiento global, los alimentos transgénicos, la clonación de embriones humanos, la radiación emitida por los teléfonos móviles, la deforestación, las dioxinas o los priones de las vacas locas.

Los problemas afectan ahora a todos por igual y los ciudadanos se sienten desorientados. La ciencia es ya una parte sustancial de nuestras vidas. Muchas discusiones ético-políticas o ético-jurídicas relevantes suponen y requieren cierto conocimiento del estado de la cuestión en una o varias ciencias como la biología, genética, neurología, ecología, física nuclear, termodinámica.

Hay una intrínseca relación entre las implicaciones éticas y sociales de las nuevas tecnologías y avances científicos y la necesidad de una disciplina, discurso o expediente que introduzca la reflexión humanista en el seno de la ciencia. A esta disciplina se le ha denominado «tercera cultura».

El primer atisbo de la necesidad de una «tercera cultura» se manifiesta, quizás, por primera vez en 1945, cuando el estallido de la primera bomba atómica marca el final de la inocencia de la comunidad científica. Hasta ese momento se consideraba a la ciencia como fundamento objetivo del desarrollo, culminación de la racionalidad y el espíritu de la Ilustración. Durante siglos triunfó el arquetipo del científico que estaba más allá del bien y del mal. Sólo a partir de los años treinta del siglo XX el científico empezó a perder la inocencia original que siempre había conservado. Tras la explosión de las primeras armas nucleares, en Hiroshima y Nagasaki, la Física perdió su inocencia. Poco antes, en Dachau y Auschwitz, la había perdido la Medicina.

Estos hechos reorientaron la mirada de Occidente. Empezó a pensarse que la ciencia no existe en estado puro, pues es inseparable de los intereses económicos, sociales y políticos. No hay conocimiento sin interés, dirá Jürgen Habermas⁹. Detrás del saber se encuentra siempre el poder, dirán Michel Foucault y la historiografía social francesa. En opinión de Anthony Giddens, ninguna visión del progreso podrá ya, a partir de ese momento, ser definida convincentemente, ya que la humanidad cayó en la cuenta de no se dirigía de modo inevitable a un estadio superior. O dicho de otro modo, se hizo consciente de que la historia carece de carácter teleológico¹⁰.

8 Horkheimer, M.: «Sobre el concepto de la razón», en Adorno, T. y Horkheimer, M.: *Sociología*, Editorial Taurus, Madrid, 1966, 258.

9 Habermas, J.: *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid.

10 Giddens, A.: *The Consequences of Modernity*. Polity Press, Cambridge, 1990.

5. Los intentos de recomponer la unidad perdida: la búsqueda de una «tercera cultura»

El recorrido realizado en los apartados anteriores ha mostrado el trayecto histórico conducente a la escisión en dos de la cultura occidental diagnosticado por Snow, así como a la conciencia de los efectos de la misma sobre la sociedad. Ante ese diagnóstico, los intentos orientados a articular lo científico y lo humanístico se han repetido en las últimas décadas. Una interesante clasificación de los mismos ha sido realizada recientemente por Hottois¹¹, quien afirma que se pueden reagrupar, fundamentalmente, en torno a cinco expedientes:

1) Investigaciones sobre la historia de las ciencias y las técnicas cuya finalidad consiste en mostrar no sólo la ausencia de linealidad o de una dirección única en ese trayecto histórico, sino también las profundas influencias culturales y psicosociales.

2) Los programas de investigación Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS) y de desarrollo de una cultura científica, orientados a salvar la brecha entre las dos culturas, buscando una integración recíproca entre la tradicional cultura humanista y la tecnocientífica.

3) La implementación de programas de evaluación pluridimensional de proyectos de investigación y desarrollo en los que se analizan y consideran, anticipadamente, todas las consecuencias e

implicaciones previsibles (políticas, económicas, sociales, psicológicas,...) facilitando y controlando, así, su inserción en la sociedad en que van a implantarse.

4) El esfuerzo de intercomunicación, capital para la democracia, entre tecnocientíficos y público en general.

5) El desarrollo de comités de ética, con especial incidencia en el campo de las tecnologías biomédicas, orientados a considerar los problemas humanos planteados por la aplicación de las mencionadas tecnologías biomédicas.

Los cinco expedientes aludidos por Hottois pueden ser considerados como contribuciones a una «tercera cultura», en el sentido en que se ha usado esa expresión en Occidente desde la segunda mitad siglo XX, es decir, como intentos de salvar la brecha entre lo técnico y lo simbólico, entre las ciencias y las humanidades. De hecho, el mismo Snow ya utilizó la expresión «tercera cultura» en la segunda edición de *The Two Cultures*. Ahí añadía un ensayo, *A second look* en el que, de modo optimista, sugería que una nueva disciplina, la «tercera cultura», emergería entre hombres de ciencias y humanidades y haría posible el mutuo entendimiento entre ambos. Lo que Snow postulaba, ante la situación de incomunicación entre la cultura humanística y la científica, era una solución consistente en fusionar, en una «tercera cultura», los conocimientos sobre la naturaleza y los conocimientos sobre la conciencia.

11 Cfr. Hottois, G.: *op. cit.*, 147-148.

6. Aspectos básicos para un proyecto de tercera cultura

La tecnociencia como actividad productora y modificadora del mundo, ha hecho perder su inocencia a la ciencia teórica pura, y ha introducido en el sistema científico la problemática ética. En la actualidad, las tremendas posibilidades abiertas por el avance tecnocientífico hacen surgir en su seno, la necesidad de una reflexión de naturaleza humanista. Los logros cada vez más espectaculares de la ingeniería genética han hecho crecer rápidamente la esperanza, pero también el miedo ante sus posibilidades¹². La triste experiencia de lo ocurrido hace décadas con las armas nucleares no hace más que aumentar la desconfianza social hacia los investigadores, que la sociedad considera poco capaces de autocontrol.

La revolución biológica y la aplicación de los conocimientos científicos a las prácticas médicas ha conllevado la posterior aparición de una disciplina como la Bioética. La conciencia de superación de los límites de la tecnología ha provocado la emergencia de disciplinas que, como es el caso de la Bioética, tratan de aportar una reflexión sobre fines en el marco de un saber técnico.

Lo que de ese modo aflora es una disciplina en la que se albergan aspectos propios de la tradición humanista, se produce una apertura a un mayor pluralismo epistemológico y metodológico, se incorpora la reflexión sobre los fines y se

tiene en cuenta los impactos sociales de los avances técnico y científicos. Por eso se le puede denominar «tercera cultura».

Ahora bien, del mismo modo que la Bioética aporta la dimensión humanista al polo tecnocientífico, también será necesario que, por parte de los que se encuentran en el polo humanista, haya un acercamiento al conocimiento científico. Es decir, del mismo modo que los científicos deberán tener en cuenta las implicaciones éticas y sociales de su actividad; los intelectuales, humanistas y ciudadanos en general, para adentrarse en los debates sociales y políticos, deberán disponer de unos determinados conocimientos científicos. Fernández Buey lo ha señalado con claridad al citar numerosos ejemplos: «Para orientarse en los debates sobre crisis ecológica y sobre la correcta resolución de los problemas implicados en ella, ayuda mucho la comprensión del sentido del segundo principio de la termodinámica, como mostró, entre otros, Nicolas Georgescu-Roegen hace ya años. Para entender la necesidad de una ética medioambiental no antropocéntrica, ayuda mucho la recta comprensión de la teoría sintética de la evolución (y no sólo en su formulación darwiniana), como viene mostrando el paleontólogo S. J. Gould. Para diferenciar, con corrección, entre diversidad biológica y aspiración a la igualdad social, ayuda mucho la comprensión de la genética y de la biología molecular, como ha puesto de manifiesto Teodosius Dobzhanski. Para combatir con argumentos racionales el racismo y la xenofobia implicados en los choques culturales de este fin de siglo puede ayudar mucho el

12 Bains, W.: *Ingeniería genética*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

conocimiento de la genética de poblaciones, como ha mostrado más recientemente Luca Cavalli Sforza. Para entender la necesidad de una nueva ética de la responsabilidad, que apunte hacia nuestro compromiso con el futuro, ayuda mucho el conocimiento de las ciencias de la vida, como ha puesto de manifiesto en sus obras Hans Jonas. Y para entender la persistencia de las desigualdades de género y dónde habría que poner los acentos para corregirlas, ayuda mucho el análisis económico (pero no sólo económico), como ha mostrado Amartya Sen»¹³.

En sociedades de ciencia y tecnología como las nuestras, la resolución de problemas sociales y políticos exige a los científicos una mínima formación humanista, y a los humanistas una cierta cultura científica. En ese campo de convergencia es en el que, a nuestro juicio, cabría entender las bases para la formación de una «tercera cultura».

7. La revolución biotecnológica y el surgimiento de la Bioética

Como ya se ha señalado en el apartado anterior, la revolución biotecnológica y la aplicación de los conocimientos científicos a las prácticas médicas ha dado lugar a la aparición de la bioética, disciplina que, en los últimos veinticinco años, ha adquirido un enorme cuerpo doctrinal convirtiéndose en una de las ramas más desarrolladas de la ética.

13 Fernández Buey, F.: «Filosofía pública y tercera cultura». *El País*. 23 de mayo, 2000.

El término Bioética es un neologismo introducido en la lengua inglesa por V. R. Potter en 1970. A partir de entonces ha gozado de aceptación general, si bien unos, sobre todo los médicos, vieron en él el rostro de la clásica ética médica o deontología profesional; mientras biólogos y ecólogos, por su parte, consideraban que obedecía a la nueva toma de conciencia de las sociedades avanzadas por el futuro de la vida, ante las continuas agresiones del medio ambiente¹⁴. Efectivamente, a la Bioética no sólo le corresponden los temas de ética clínica o de la investigación biomédica, también le corresponden las cuestiones de la ética medioambiental, por ejemplo, ya que la reflexión sobre la vida iría más allá de la existencia humana. Por eso, la bioética se convierte en una tarea interdisciplinar que ocupa a médicos, biólogos, filósofos, sociólogos y teólogos, ya que el principal punto de su agenda es encontrar un lenguaje común con el que analizar los problemas y aplicar una metodología para el análisis de los conflictos, también común. Es, por tanto, un ejemplo de convergencia fértil entre las ciencias y las humanidades.

La Bioética surgió en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad, en la que el potencial técnico disponible era muy superior a lo que nunca se pudo imaginar¹⁵. El ser huma-

14 Cfr. Gracia, D.: *Fundamentación y enseñanza de la bioética*, Editorial El Búho, Santa Fe de Bogotá, 11.

15 Cfr. Feyto, L.: «La nueva alianza entre las ciencias y la filosofía». En Blanch, A. (ed.), *La nueva alianza de las ciencias y la filosofía*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2001, 15-44.

no tenía (y tiene) ante sí la posibilidad de destrucción del mundo o la modificación de la evolución de su propia especie. Así, la Bioética emergía como disciplina con la pretensión de convertirse en un saber interdisciplinar capaz de ir más allá de las simplistas creencias en el carácter bondadoso del conocimiento científico y sus aplicaciones técnicas. La legitimidad, desde este punto de vista, de los avances científico-técnicos exigiría una justificación racional de los principios sobre los que se sustentan, los fines que persiguen y las consecuencias previstas en su aplicación.

En las últimas décadas, la biología y la ecología han alcanzado tal desarrollo, que no es infrecuente considerar la segunda mitad del siglo XX como la era de estas ciencias. El descubrimiento, durante la década de los sesenta, del código genético «ha permitido explicar el funcionamiento de lo infinitamente pequeño en el orden de la vida, del mismo modo que las fórmulas de la mecánica cuántica que los físicos pusieron a punto en los años veinte hicieron posible la comprensión de lo infinitamente pequeño en el orden de la materia inerte»¹⁶. Y si los avances de la Física trajeron el peligro nuclear, también los descubrimientos asociados a la biología y la ecología serían capaces de acabar con la vida en el planeta.

El peligro ecológico cobró importancia en la década de los setenta. Desde entonces, diversos informes han evidenciado que el agotamiento de las materias

primas, la contaminación de los mares, la destrucción de los bosques y la alteración de la atmósfera, entre otros, pueden disminuir drásticamente la calidad de vida de los hombres de las próximas generaciones y comprometer seriamente la viabilidad de la especie humana¹⁷.

La ingeniería genética merece aún más atención por cuanto su evolución y desarrollo han sido claramente determinantes del surgimiento de la Bioética. En las últimas décadas el hombre ha dejado de ser un mero espectador pasivo de la evolución biológica, y ha pasado a verse como dueño de la misma. Las técnicas de reproducción asistida, y sobre todo la posibilidad de manipulación del genoma humano con técnicas como la del ADN recombinante, remiten directamente al dilema de la concordancia entre las posibilidades de técnico y lo ético. No parece difícil admitir que deberían aceptarse todas aquellas actuaciones en el genoma que tuvieran por objeto corregir los errores congénitos. Pero ¿deberían aceptarse también aquellas actuaciones en el genoma cuyo objetivo no es ese?

Las biotecnologías auguran un futuro sorprendente, pero los problemas a los que obligan a enfrentarse son una cues-

17 Los informes a los que se hace alusión son: *The limits of growth*, informe publicado por el Club de Roma en 1972; el *Informe 2000* elaborado durante la presidencia de Jimmy Carter; y *Our Common Future*, informe hecho público en 1987 por la Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo de Naciones Unidas. En todos ellos la conclusión es similar: el crecimiento tiene límites, tras pasados los cuales se pone en grave peligro el futuro de la vida sobre el planeta. Cfr. Gracia, *op. cit.*, 13.

16 Gracia, *op cit.*, 12.

ción de absoluta actualidad. Es cierto que el ejercicio de la medicina siempre ha planteado problemas éticos y exigido del médico un verdadero talante moral¹⁸. Sin embargo, en ninguna otra época la práctica de la medicina ha planteado tantos problemas morales como en la actualidad. Es prueba de ello el hecho de que en la actualidad ya prácticamente no existen enfermos desahuciados, hay enfermos críticos, irreversibles o terminales, pero no desahuciados¹⁹.

El principio moral por el que siempre se ha regido el médico en su relación con el paciente ha sido el de beneficencia, es decir, hacer todo lo posible a favor del enfermo. La interpretación lineal de ese axioma es, no obstante, problemática en un contexto en el que las nuevas tecnologías han suscitado serias dudas sobre lo que resulta beneficioso o no para el paciente. En los casos de muerte cerebral, ¿es necesario tener encendido el respirador hasta que el corazón les falle?, ¿es preciso reanimar a estos enfermos en caso de parada cardíaca?, ¿la defensa de la vida debe llevar al médico a no dejar morir en paz a sus pacientes?²⁰. En la práctica médica actual los dilemas éticos surgen por doquier.

18 Como pone de manifiesto la existencia de una amplia serie de documentos deontológicos elaborados a lo largo de la historia de la medicina occidental, desde la época hipocrática hasta la actualidad.

19 Como afirma Gracia, «las Unidades de Cuidados Intensivos han acabado con ellos». Gracia, D., *op. cit.*, 15.

20 Cfr. Gracia, D. *op. cit.*, 15-16.

8. La Bioética como «tercera cultura»

Así pues, el desarrollo tecnológico crea un contexto práctico en el que los dilemas morales se hacen evidentes, se manifiestan en toda su rotundidad. Las aplicaciones tecnocientíficas comprometen la vida del planeta. En la práctica profesional cotidiana se vive este conflicto y se cae en la cuenta del vaciamiento finalista propiciado por la escisión de la *techné*. Packard ya puso de manifiesto que en la década de los setenta muchos biogenéticos, alarmados por las posibilidades de lo que llevaban entre manos, se comprometían con una actitud social o moral²¹. El enorme abismo abierto por el potencial técnico activaba la necesidad de reflexión ética. De repente se reclama una «tercera cultura» en la que técnica y humanidades converjan para dar respuesta a los nuevos interrogantes suscitados por la aplicación de las nuevas tecnologías.

El propio creador de la Bioética la definió como un puente entre las dos culturas, al afirmar que «la humanidad necesita con urgencia una nueva sabiduría que proporcione el conocimiento de cómo usar el conocimiento para la supervivencia del hombre y para la mejora de la calidad de vida»²². Así mismo, Potter afirmaba que la ciencia de la supervivencia debía ser construida sobre la ciencia de la biología y ampliada más allá de los

21 Cfr. Packard, V.: *The people saphers*. Futura, London, 1978, 20-21.

22 Potter, V. R.: *Bioethics. Bridge to the future*, Prentice Hall, Inc. Englewood Cliffs, New York, 1971, 1.

límites tradicionales, para incluir los elementos más esenciales de las ciencias sociales y las humanidades. Una ciencia de la supervivencia debía ser algo más que solamente ciencia, y por tanto, proponía el término *Bioética* para enfatizar lo que consideraba eran los dos ingredientes más importantes en el logro de la tan necesaria nueva sabiduría: el conocimiento biológico y los valores humanos²³.

Desde esta perspectiva, la Bioética podría definirse como una disciplina que «designa un conjunto de cuestiones con una dimensión ética suscitadas por el, cada vez mayor, poder de intervención tecnocientífico en el ámbito de la vida orgánica»²⁴. De este modo, la Bioética podría considerarse como la *lingua franca* de un mundo preocupado por la vida y la salud, pero desprovisto de un punto de vista ético común²⁵.

El propio Potter incidía en la dimensión axiológica, unos años más tarde, al comentar que la Bioética había sido proyectada «como una nueva disciplina que combinara el conocimiento biológico con el conocimiento de los sistemas de valores humanos»²⁶. Potter entendía la bioética como una nueva cultura, en la que se propiciaba un encuentro entre los hechos, tal como hoy los plantean las ciencias, y

los valores; o dicho de otro modo, entre las ciencias y las humanidades. Así, la Bioética era entendida como un nuevo paradigma intelectual y cultural, consistente en la confrontación entre hechos y valores.

En resumen y como conclusión, puede afirmarse que la Bioética surge como respuesta a las formas de innovación a través de la investigación científica aplicada, en las que el desarrollo tecnocientífico pone de manifiesto las posibilidades manipuladoras e intervencionistas de la ciencia contemporánea. Su aparición y desarrollo no es fortuita. Sociológicamente, rinde justicia al desarrollo eminentemente práctico de la tecnociencia: desde las tecnociencias de investigación básica (que revelan cuestiones éticas porque implican la experimentación con seres vivos) a las tecnociencias aplicadas (que manifiestan problemas relativos a la procreación, a la extracción y transplante de órganos, por citar algunos ejemplos).

Por último, la bioética verifica el carácter fuertemente técnico del proyecto occidental contemporáneo, y se muestra así, como un espacio privilegiado para la interacción entre los conocimientos tecnocientíficos y humanistas.

23 Cfr. Potter, V. R. *op. cit.*, 2.

24 Hottois, G., *op. cit.*, 170.

25 Cfr. Engelhardt, H. T.: *The foundations of Bioethics*, Oxford University Press, 1986, 5.

26 Potter, V. R.: «Humility with responsibility: a Bioethics for oncologists. Presidential address», *Cancer Research*, 35, 1975, 2297.

